

RICARDO ANGOSO GARCIA

Un pueblo y siete estados: la minoría nacional húngara en Europa central

Con el desmembramiento del Imperio Austro-Húngaro al fin de la I Guerra Mundial, las antiguas posesiones del reino de Hungría fueron adjudicadas a los sucesores de Rumanía, Checoslovaquia y la primera versión de Yugoslavia. La población húngara ha sido, sin duda, la que más ha sufrido el impacto de las dos guerras mundiales. Actualmente, la población magiar está dividida entre siete estados; Eslovaquia, Rumanía, Serbia, Eslovenia, Croacia, la antigua URSS y la propia Hungría. En la Europa poscomunista, al discurso socialista le ha sucedido uno nacionalista y populista que imposibilita un debate sosegado y reflexivo sobre la construcción de sociedades multiculturales, multinacionales y plenamente democráticas.

El desmembramiento del Imperio Austro-Húngaro en los años 20 provocó un profundo cambio en el mapa político europeo. Las antiguas posesiones territoriales del reino de Hungría fueron adjudicadas, por decisión de los vencedores en la contienda bélica, a los estados sucesores de Rumanía, Checoslovaquia y la primera versión de Yugoslavia. Austria y Hungría quedaron reducidas a un territorio que no ha sufrido grandes variaciones desde ese momento histórico, y Checoslovaquia comprendería los territorios de Bohemia, Moravia, Silesia, Eslovaquia y Rutenia. Transilvania y el Banato fueron adjudicados a Rumanía; Galitzia y Lodomeria, a Polonia; Bucovina, a la extinta URSS; el Tirol e Istria, a Italia; y, finalmente, Eslovenia, Eslavonia, Croacia, Carniola, Bosnia-Herzegovina y la actual Voivodina quedaron integradas en lo que pasaría a denominarse como el "Reino de serbios, croa-

Ricardo Angoso García es licenciado en Ciencias Políticas y Sociología y periodista

tas y eslovenos". En total, Hungría perdía las dos terceras partes de su territorio y uno de cada tres húngaros quedaba fuera de sus fronteras históricas.

Este reparto quedó ratificado tras el Tratado de Trianón (1920) y las potencias vencedoras en la I Guerra Mundial reconocieron a los nuevos estados como los herederos del viejo orden imperial. Sin embargo, este mapa no siempre coincidía con la composición étnica del territorio en cuestión. La inclusión de Croacia en la nueva Yugoslavia fue realizada con la oposición de algunos sectores de la sociedad croata, y otro tanto de lo mismo ocurrió en Eslovenia. Con respecto a Transilvania y el Banato, en el año 1910, había un equilibrio entre la población rumana y la población húngara y alemana, pero, sin embargo, fueron adjudicados a Rumanía sin que mediara ninguna consulta sobre tan espinosa cuestión. Algo similar ocurrió en Eslovaquia, Bucovina –donde la mayoría de la población pertenecía a las minorías judía, rutena y rumana– y Carniola –poblada mayoritariamente por italianos–, que fueron incluidas en estados cuya realidad política, cultural, religiosa y social poco tenía que ver con su etnoidentidad.

De esta forma, el nuevo Estado yugoslavo mostraba una profunda heterogeneidad que en un futuro próximo se iba a revelar como una fuente permanente de conflictos, en parte derivados de la inexistencia de un marco político y constitucional que recogiese el hecho multiétnico. Una heterogeneidad que implicaba una dualidad compleja: en la nueva Yugoslavia debían convivir aquellos territorios que provenían del antiguo imperio otomano, como Serbia, Montenegro, Kosovo y Macedonia, y aquellos otros, como Croacia, Eslovenia, Bosnia-Herzegovia y Voivodina, que acababan de desmembrarse del Imperio Austro-Húngaro. La disgregación de estos territorios, primero en los años 30 y, tras la experiencia titoísta, con mayor virulencia en los años 80, mostraba el fracaso político de las nuevas fronteras y experiencias estatales impuestas por los vencedores en las dos guerras mundiales.

Pero fue la población húngara la que más sufrió con ellas. Varios millones e húngaros quedaron fuera de sus fronteras y el conjunto de la población magiar resultó dividido entre siete estados: Eslovaquia, Rumanía, Serbia, Eslovenia, Croacia, la antigua URSS y la misma Hungría. En la actualidad, tras décadas de homogeneización forzosa impuesta por una ideología comunista de carácter unificador, más de dos millones de húngaros viven en Rumanía, principalmente en el Banato y en Transilvania (superan el 8% en todo el país); unos 600.000 en Eslovaquia (más del 12%); otro medio millón en la antigua Yugoslavia (sobre todo en Voivodina, región bajo dominio serbio); y unos 200.000 en la Ucrania subcarpática. Este hecho llevó al difunto presidente húngaro Josef Antall a considerarse presidente de "quince millones de húngaros", lo que levantó las airadas protestas de sus vecinos rumanos y eslovacos.

Situación diferenciada

La situación de cada una de estas poblaciones húngaras es distinta en función del Estado en el que viven. No es comparable el marco autonómico que poseen en la región del Mura (Eslovenia), en donde son mayoría, con el marco constitucional y jurídico que se otorga a las minorías nacionales en Eslovaquia y Rumanía. En

este último país continúan las restricciones fundamentales heredadas del régimen anterior, no se ha restituido la “región autónoma húngara” que fue suprimida bajo el Gobierno de Ceaucescu (1968), y la Universidad Babes Bolyai de Kolozsvár, clausurada también durante la era comunista, sigue cerrada. Aunque más preocupante es la situación en Voivodina, dada la cercanía de este territorio con Bosnia-Herzegovina y con los territorios ocupados por los serbios en Eslavonia, donde la minoría húngara y sus representantes esperan la creación de un marco constitucional multiétnico en Serbia que pueda solucionar sus contenciosos con el Gobierno de Belgrado, algo todavía lejano. Por ahora, miles de jóvenes húngaros de esta región, ante el temor en ser reclutados por las autoridades serbias, han huido hacia la vecina Hungría.

En la mayoría de estos casos no existe consenso sobre el marco político y constitucional que debe compatibilizar el hecho multiétnico con las nuevas instituciones democráticas. No hay acuerdo entre las fuerzas políticas que representan a las minorías y entre las que representan a la mayoría nacional. Esto ha sido evidente en Eslovaquia, Rumanía y Serbia, donde la fuerzas húngaras han solicitado el voto negativo en las respectivas consultas constitucionales celebradas. Las nuevas cartas magnas no han recogido el hecho plurinacional y no han transformado el cuadro jurídico-político anterior que definía las relaciones entre la mayoría dominante y las minorías nacionales. Ahí radica la raíz del conflicto en Eslovaqui, Transilvania y Voivodina.

En los tres casos, la difusión y enraizamiento de un discurso nacionalista de corte étnico que tiende a minimizar el hecho diferencial y a presentar a las minorías como irredentistas y revisionistas, imposibilita el debate y la introducción de algunas reformas tendentes a aminorar las tensiones interétnicas. Bastaría recordar a las autoridades de estos países, como con un 6% de población sueca, Finlandia es un país bilingüe y en donde la población sueca goza de todos los derechos reconocidos constitucionalmente a la población finesa. Experiencias políticas de este tipo son todavía impensables. En la Europa poscomunista, al discurso socialista le ha sucedido uno nacionalista y populista que imposibilita un debate sosegado y reflexivo sobre la construcción de sociedades multiculturales, multinacionales y, por ende, plenamente democráticas.

Situación de la minoría húngara en Eslovaquia

La Checoslovaquia creada tras la Gran Guerra era plurinacional: el 40% de su población estaba integrado distintas minorías pero, sobre todo, predominaban las poblaciones húngara y alemana. Sin embargo, el nuevo Estado donde convivían las naciones checa y eslovaca no reconocía este hecho diferencial. En la redacción de la primera Constitución checoslovaca, en los años 20, la Asamblea que votó la Carta magna y que sentó las bases de la legislación concerniente al uso de la lengua no había ni un solo representante de las minorías nacionales.

Como señala Henry Bogdan, cuando las minorías nacionales pudieron participar en las elecciones, su representación parlamentaria fue disminuida gracias a una hábil redistribución de los circunscripciones electorales. En Praga, ciudad checa en un 90%, un diputado representaba a cerca de 38.000 electores; en Karlsbad

*Las nuevas
cartas
magnas no
han recogido
el hecho
plurinacional
y no han
transformado
el cuadro
jurídico-
político
anterior que
definía las
relaciones
entre la
mayoría
dominante y
las minorías
nacionales.*

a partir de 1945, varios miles de húngaros son expulsados desde Checoslovaquia hacia Hungría.

(Karlovy-Vary), ciudad germanoparlante en un 95%, un diputado representaba a 47.000. En Eslovaquia, la desigualdad del tratamiento era aún más notoria: en Ersekujvar (Nové Zmky), ciudad húngara en un 90%, un diputado representaba más de 53.000 electores, y en Ungvar (Ujgorod), ciudad húngaro-rutena, ¡representaba a más de 63.000!.

Esta injusta ley electoral vino acompañada de otras medidas adicionales: la utilización exclusiva del checo en los actos administrativos y en la enseñanza. Estas dos cuestiones provocaron la protesta de los representantes de la minoría húngara que solicitaban poder utilizar su lengua materna junto con el checo. Fruto de ese malestar los partidos de la minoría húngara elevaron sus protestas hasta la Sociedad de Naciones, que en aquellos años recibía numerosas quejas sobre la situación de las minorías. Desgraciadamente, la II Guerra Mundial provocó la primera ruptura del Estado que compartían los checos y los eslovacos: la independencia de Eslovaquia fue proclamada, con apoyo alemán, en 1939, y Bohemia y Moravia quedaron bajo el protectorado de la Alemania de Hitler. Checoslovaquia había dejado de existir.

Estos hechos, y la presencia de tropas alemanas en territorio checo, determinaron que, en el protectorado checo controlado por los nazis, la minoría alemana ocupara las más altas responsabilidades, lo que le sirvió para ganarse los odios de la población checa tras el fin de la contienda. En lo que respecta a Eslovaquia, el régimen fascista de Monseñor Tiso, apoyado por una parte importante de la población, practicó una política de segregación racial con respecto a la población checa que vivía en su territorio y un buen número de ciudadanos de esta etnia fueron expulsados hacia Bohemia-Moravia o internados en campos de concentración. También fueron adoptadas varias medidas antisemitas: la nueva legislación eslovaca sólo permitía un 4% de judíos en los cuadros administrativos y en las profesiones liberales. Por su parte, varios territorios eslovacos en los que había poblaciones húngaras fueron anexionados por Hungría durante la guerra.

En 1945 Alemania fue derrotada. Eslovaquia y buena parte de los países checos fueron ocupados por el Ejército Rojo. Las potencias vencedoras en la guerra, entre ellas Estados Unidos, Francia, el Reino Unido y la URSS, consagraron nuevamente el Estado checoslovaco, en donde deberían convivir los pueblos checo y eslovaco bajo la égida soviética. A partir de 1945, varios miles de húngaros son expulsados desde Checoslovaquia hacia Hungría. Pero un acuerdo entre estos dos países, firmado en 1946, permitió el intercambio de unas 30.000 personas y consiguió frenar las primeras tensiones posbélicas entre los dos nuevos estados. Peor suerte que la población húngara tuvo la minoría alemana que, expulsada de las zonas donde vivía en Eslovaquia y en los países checos (sobre todo en territorio sudete), se instaló en una Alemania destruida y depauperada tras la derrota militar del nazismo.

Entre 1945 y 1948 varios destacados dirigentes de las minorías alemana y húngara fueron juzgados por su colaboración con el Estado fascista eslovaco, y el mismo Monseñor Tiso fue ejecutado en 1947. Entre 1948 y 1970, las minorías nacionales que vivían en Checoslovaquia participaron escasamente en la vida política y social del país. Agrupados en islotes compactos en Eslovaquia meridional a lo largo de la frontera húngara, los húngaros habían empezado a dar muestras de cierta revitalización cultural y social, y comenzaban constituir pequeñas

asociaciones culturales que serían el embrión de las futuras organizaciones políticas. Pero el régimen comunista checoslovaco no toleró estos síntomas de disidencia: varios intelectuales de origen húngaro fueron detenidos y algunas publicaciones en lengua magiar fueron prohibidas en 1982. La tensión aumentó a raíz del proyecto de desviar el Danubio al sudeste de Bratislava con miras a alimentar la central eléctrica prevista en Gabčíkovo. Estos planes fueron rechazados por los dirigentes húngaros eslovacos y por el Gobierno húngaro, que consideraba que el proyecto pretendía el desplazamiento de la población local, húngara en su mayoría, a otras regiones del país. En 1989, antes de los cambios políticos acaecidos en Checoslovaquia, el Gobierno de Budapest anunció su retirada del proyecto, pero las cosas no cambiaron demasiado para la minoría húngara.

Sin derecho a la propia lengua

En octubre de 1990 el Gobierno eslovaco adoptó una discriminatoria ley que hacía prevalecer el uso de la lengua mayoritaria en las instituciones en detrimento de las lenguas utilizadas por sus minorías nacionales y restringía el derecho a usar estas en ámbitos estrictamente privados. Algunos partidos democráticos checos, como el partido del presidente Havel, el Foro Cívico, protestaron ante esta medida. A estos hechos se refería la socióloga Carmen González: “También en Eslovaquia la discriminación contra la población magiar ha crecido a la par que su separación del País Checo. El Parlamento eslovaco aprobó en 1990 leyes restrictivas del uso del húngaro en público y el nacionalismo eslovaco comenzó en 1992 a fabricar una supuesta amenaza militar húngara, negada tanto por Budapest como por el aún entonces Gobierno federal de Praga. Hungría solicitó en 1992 la concesión de autonomía a las comarcas eslovacas pobladas mayoritariamente por magiares, demanda que fue rechazada por el Gobierno de Bratislava. A su vez, el líder nacionalista Vladimír Mečiar anunció que las fuerzas armadas del nuevo Estado se colocarían en su frontera con Hungría para defender el país de una eventual agresión”.

Tras la “revolución de terciopelo” checoslovaca, los cambios democráticos condujeron a una elecciones en las que los ultranacionalistas eslovacos ganaron ampliamente en Eslovaquia, lo que provocó, dada su escasa voluntad por preservar el Estado heredado, la partición de Checoslovaquia en dos estados Eslovaquia y la República Checa. Consumada ésta, en 1992, los líderes del partido que representa a la minoría húngara en Eslovaquia, Coexistencia, expresaron sus temores por el auge del movimiento ultranacionalista Movimiento por una Eslovaquia Democrática (HZDS), que, conducido por el ex comunista Vladimír Mečiar lideró el primer Ejecutivo eslovaco. En la actualidad, este grupo plantea abiertamente la autonomía administrativa de las zonas y localidades donde la población húngara es mayoría. Sin embargo, las principales fuerzas políticas eslovacas, entre ellas el partido de Mečiar y los ex comunistas de Izquierda Democrática, se oponen a la concesión de este estatuto. Tampoco las últimas elecciones generales, celebradas en octubre de 1994, ayudaron demasiado a desbloquear la situación; una nueva victoria del HZDS sirvió para la formación de un Gobierno de orientación nacionalista, en el que también participaba el Partido Nacionalista Eslovaco (SNS). En este contexto, el rechazo del principal partido de la minoría húngara, Coexistencia,

Entre 1920 y 1938 Rumanía no reconoció el hecho diferencial en su ordenamiento político y no permitió a las minorías nacionales la utilización de su lengua materna en los distintos ámbitos oficiales.

a la nueva Carta magna de Eslovaquia no sorprendió a nadie, toda vez que dicho texto no garantizaba los derechos esenciales de la minoría húngara y no se ajustaba a los cánones europeos sobre el trato a las minorías.

La reciente firma de un Tratado entre Hungría y Eslovaquia, destinado a limar las tensiones entre ambos países e inscrito dentro de lo que se denominaba el Pacto de Estabilidad, inspirado por Francia, ha constituido un evidente fracaso, pese a los deseos de la diplomacia magiar por resolver sus contenciosos con el vecino eslovaco. Durante los años 1994 y 1995 los ataques verbales del presidente Meciar hacia las minorías étnicas han continuado, y las relaciones entre el partido de la minoría magiar, Coexistencia y las fuerzas gubernamentales han empeorado tras ser aprobada una denominada ley "antisubversión" que pretende perseguir las "tendencias separatistas", en clara referencia a los líderes húngaros de Eslovaquia. Por su parte, la diplomacia de Budapest, tras la llegada al poder de los socialistas, se mantiene más cauta y reservada que la anterior Administración húngara del ex gobernante Foro Democrático Magiar (FDM), pero no por ello menos distante de Bratislava.

En suelo rumano

Entre 1920 y 1938 Rumanía no reconoció el hecho diferencial en su ordenamiento político y no permitió a las minorías nacionales la utilización de su lengua materna en los distintos ámbitos oficiales. En el año 1939 el Gobierno rumano decidió promulgar un decreto que regulaba la utilización de las lenguas nacionales (rumano, alemán y húngaro) en las instituciones. Como también había ocurrido en Checoslovaquia, la noticia llegó, cuando menos, demasiado tarde; Transilvania, la región donde casi el 50% de la población pertenecía a las minorías alemanas y húngara fue ocupada en virtud del Arbitraje de Viena por Hungría hasta el año 1944, año en que las fuerzas soviéticas invadieron Rumanía e impusieron el trazado anterior al conflicto bélico. Las fronteras fueron restablecidas y los acuerdos de Viena suspendidos, pero los odios entre ambas comunidades perduraron por mucho tiempo.

Terminada la guerra, varios miles de ciudadanos pertenecientes a las minorías húngara y alemana fueron expulsados, muchos de ellos juzgados por "colaboracionismo" y varios miles internados en campos de concentración. También, a partir del año 1952, se generalizaron las purgas dentro del Partido Comunista Rumano (PCR) y, curiosamente, muchos de los purgados eran de origen hebreo o húngaro. En efecto, el triunvirato Pauker-Luca-Georgescu, con todos sus partidos, fue eliminado de la dirección del partido tras un juicio digno del periodo estalinista.

Y así entre 1953 y 1965, bajo la dirección de Gheoghiu Dei como secretario general del PCR, se inauguró una época que Hery Bogdan denomina "nacional-comunista", que implicó la marginación de los cuadros altos y medios de origen no rumano en la administración y la dirección del partido.

Para la minoría húngara la situación empeoró tras los acontecimientos de 1956 en Hungría. Muchos miembros de esta etnia habían mostrado su simpatía hacia el movimiento reformista húngaro. El Gobierno rumano, consumada la ocupación soviética de Hungría, no toleró estas muestras de lo que consideraba hostilidad hacia su régimen y las persiguió implacablemente. En 1957, un año después

de la ocupación soviética de Hungría, el Gobierno rumano anunciaba que la Securitate había desarticulado dos organizaciones antisocialistas ilegales con ocho rumanos y seis húngaros entre los detenidos.

Elegido Nicolae Ceausescu, en 1965, las cosas no cambiaron demasiado con respecto a las minorías nacionales. E incluso empeoraron. En el año 1968 fue suprimida la región autónoma húngara, que desde el año 1960 se denominaba Provincia autónoma húngara de Mures, y en su lugar, fueron creados los consejos de las nacionalidades húngara, alemana, serbia y ucraniana, entes con un valor meramente nominal y dotados de escasas competencias. Durante los años 70 y 80 el recorte de las libertades fundamentales para la minoría húngara fue en aumento; a mediados de la pasada década a los magiares les estaba prohibido el uso de su lengua fuera de su vivienda privada y tenían prohibido ver los programas de la televisión húngara, que en Transilvania se captaban fácilmente.

“Progresivamente las autoridades rumanas fueron ahogando la vida cultural de esas minorías, cerrando una después de otra las escuelas, prohibiendo el uso del idioma húngaro en las administraciones y servicios públicos, aún en donde la población era exclusivamente magiar”, señala Bogdan. También esta política implicó el envío masivo de ciudadanos de origen rumano a los departamentos –equivalentes a nuestras provincias– poblados mayoritariamente por húngaros: Rirgu, Mures, Covasna y Harghita. Paralelamente a este proceso, miles de ciudadanos húngaros fueron dispersados por todo el país, para así equilibrar el predominio magiar en algunos departamentos transilvanos.

Al mismo tiempo, la presión policial, sobre todo protagonizada por la securitate, se fue incrementando y la campaña de intimidación se extendió sobre todo a los sectores intelectuales húngaros. Amnistía Internacional denunció desde el año 1976 estos hechos, a través de sus informes anuales.

Desde esos años, muchas voces, sobre todo desde Hungría, se alzaron, contra lo que el escritor húngaro Gyula Illyés calificó de “etnocidio”. Y en Rumania, por oponerse a estos planes, a principios de 1982 eran arrestados el escritor Geza Szoecs, el filósofo Ara Kovacs y el profesor Karoly Toth, acusados todos ellos de haber colaborado con varias publicaciones clandestinas en lengua húngara (entre ellas la conocida Ellepont, *Contapunto*). Unos meses más tarde, el pastor de la iglesia reformada de Transilvania Iván Hadházy, activista en pro de los derechos humanos y de origen magiar, moría atropellado en un “accidente de tráfico” en el que estaba implicado un vehículo de la Securitate.

En estos años también la situación empeoró progresivamente para las minorías hebrea y alemana. Sin embargo, gracias a un acuerdo firmado por el Gobierno comunista con las autoridades de Alemania y de Israel, cientos de ciudadanos de estas minorías pudieron abandonar Rumanía, previo pago de una apreciable cantidad de dinero por parte de sus respectivos países de adopción (la RFA llegó a pagar unos 10.000 dólares por la salida de cada ciudadano de origen alemán procedente de Rumanía). También entre 1982 y 1988 unos 8.000 húngaros consiguieron abandonar Rumanía a través de la frontera húngaro-rumana de una forma ilegal, y se calcula que en 1992 vivían en Hungría unos 45.000 húngaros procedentes de Transilvania.

Fue una iniciativa del Gyulla Illyés la que realmente acabó complicando las relaciones entre la Rumanía de Ceausescu y la Hungría de Kadar. En 1982, el escritor dirigió una petición firmada por 60 personalidades del mundo de las letras y las artes magiars al primer ministro húngaro, Gyorgy Kazar, en la que la solicitaba que el Gobierno interviniese para frenar las arbitrariedades rumanas y la devastación del patrimonio cultural húngaro. Ante la presión de su opinión pública, el Gobierno magiar envió a dos miembros del Comité Central a negociar la situación creada con las autoridades de Bucarest, pero las negociaciones con Ceausescu fracasaron.

Tensión entre países socialistas

La tensión entre ambos países socialistas fue en aumento. Así las cosas, el Gobierno húngaro, ante el temor de que se desatase el primer conflicto bélico entre dos países socialistas, cedió en algunos aspectos ante las autoridades rumanas: en 1985 fue prohibida una obra de teatro de un autor húngaro procedente de Transilvania y que relatava las vejaciones que sufría la población magiar en esta región. La obra se titulaba *Un presagio sobre el Monte Harghita*.

Un año más tarde, tras las violentas manifestaciones contra el régimen de Ceausescu en Brasov y Cluj Napoca, las relaciones entre las autoridades rumanas y la minoría húngara tomaron un giro diferente. La Securitate culpó a miembros de la minoría magiar de estar detrás de la organización de estas protestas y a Hungría de fomentarlas indirectamente. Como medida represiva, se aceleraron los planes para destruir cientos de aldeas húngaras y alemanas en Transilvania.

“La decisión rumana de conseguir la asimilación total de la población húngara, unos 2 millones de personas sobre una población de 20 millones en Rumanía, alcanzó un punto crítico con la elaboración en 1988 del Plan de sistematización de núcleos rurales, que se proponía arrasar 8.000 pueblos pequeños para concentrar a su población en agrocidades. Su área de aplicación prioritaria era Transilvania y el plan estaba claramente diseñado para acabar con cualquier resto físico de la cultura húngara en la zona”, explica la experta en Hungría Carmen González.

Como fruto lógico de esa política, el sistema educativo también sufrió algunas alteraciones destinadas a construir el conocimiento y estudio de la lengua húngara en todos los niveles educativos. Desde 1976 hasta 1986, el número de estudiantes en lengua húngara pasó de 171.000 a 60.000.

Esta situación fue tratada en Viena, a petición de Hungría, en la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE), en la sesión del 19 de abril de 1988. También el Parlamento húngaro deploró la situación de las minorías nacionales en Transilvania unos meses más tarde. Como respuesta, el Gobierno de Ceausescu ordenó el cierre del consulado húngaro en Cluj Napoca, que todavía no se ha reabierto; se reafirmó en el de la Universidad Bolyai, uno de los centros históricos de la cultura húngara en Transilvania cerrado en la década de los 50; expulsó a varios diplomáticos húngaros y condenó en un comunicado las “conductas revisionistas” de su aliado húngaro –los dos eran miembros del Pacto de Varsovia–. Finalmente, en agosto de 1988, una entrevista de última hora en la ciudad rumana de Arad entre Ceausescu y el jefe del partido comunista húngaro, Grosz, terminó en un total fracaso. Era el primer enfrentamiento entre dos estados socialistas vecinos por la cuestión de las minorías nacionales.

Tras los acontecimientos de diciembre de 1989, que pusieron fin a la larga dictadura personal de Nicolae Ceaucescu, los conflictos étnicos en Rumanía, lejos de solucionarse, cobraron una vigorosa actualidad, rompiendo el tradicional hermanamiento que había habido entre ambas comunidades en el periodo final de lucha contra el régimen. No hay que olvidar que fue un pastor protestante de origen húngaro –en un país ortodoxo y de mayoría rumana–, Laszlo Tökes, el detonante de las protestas que en diciembre de 1989 abrieron el camino para el cambio político.

Más tarde, en los confusos meses de 1990, tras un breve momento en que las relaciones entre Hungría y Rumanía habían mejorado, la salida del partido de la minoría magiar –la Unión Democrática de los Magiares de Rumanía (UDMR)– de los órganos provisionales de Gobierno provocó un nuevo enfriamiento en las relaciones interétnicas. La ruptura entre el partido de la minoría húngara y el Ejecutivo rumano vino propiciada, en parte, por el incumplimiento sucesivo de todas las promesas ofrecidas por el Gobierno de Bucarest tras la caída de Ceaucescu. Las autoridades rumanas habían prometido reabrir la Universidad Babes Bolyai y la separación de las secciones húngaras y rumanas en las escuelas.

La minoría húngara comenzó entonces una serie de manifestaciones en demanda de sus derechos y para exigir cambios en el ordenamiento jurídico rumano y el sistema educativo. Esta campaña, no exenta de tensiones y enfrentamientos físicos en Cluj, culminaría con una gran marcha de 40.000 jóvenes en Târgu Mures, en donde quedaría demostrada la fragilidad del hermanamiento húngaro-rumano acaecido al caer Ceaucescu. En dicha ciudad, grupos radicales rumanos, convocados por la organización ultranacionalista Vatra Romaneasca (Cuna Rumana), se enfrentaron abiertamente con activistas húngaros en un confuso y oscuro episodio nunca aclarado. Esto ocurría unos meses antes de las primeras elecciones generales rumanas y evidenciaba que el problema étnico podría degenerar en Rumanía en un conflicto de incalculables consecuencias durante la transición política.

Las elecciones de 1990 significaron el triunfo del partido que había recogido intactos los activos del Partido Comunista Rumano (PCR), el Frente de Salvación Nacional (FSN), y la derrota contundente de la oposición democrática, agrupada en torno a los denominados partidos históricos, el Partido Nacional Liberal (PNL) y el Partido Nacional Campesino (PNC). Por su parte, el partido que representaba a la minoría húngara, la Unión Democrática de los Magiares de Rumanía (UDMR), consiguió colocarse en una segunda posición nacional, superando el 7% de los votos e imponiéndose al resto de las formaciones políticas en los dos distritos en donde es mayoría la minoría húngara (Covasna y Harghita).

En 1991 fue aprobada la nueva Constitución rumana por el Parlamento. El partido que representa a la minoría húngara, la UDMR, y los partidos de la oposición democrática solicitaron el voto negativo en la consulta constitucional. No obstante, la nueva Carta magna fue aprobada con tan sólo el voto negativo de dos de los 40 departamentos rumanos; significativamente los dos donde la población húngara es mayoría.

Las primeras elecciones locales acentuaron las tensiones entre rumanos y húngaros. La elección del ultranacionalista Gheorghe Funar, del Partido de Unidad Nacional Rumana (PUNR), en la ciudad de Cluj Napoca, en el corazón de

*El año 1993
terminó con la
retirada de
las dos
fuerzas más
representativas
de las
minorías
étnicas
rumanas del
Consejo para
las Minorías
Nacionales,
un ente
meramente
consultivo.*

Transilvania, provocó las protestas de la minoría húngara. Varias medidas antihúngaras fueron decretadas en esta ciudad y algunas asociaciones culturales magiares vieron prohibidas sus actividades. La UDMR ganó en aquellas localidades en donde la minoría húngara es mayoritaria, sobre todo, en los distritos de Bihor, Covasna, Harghita, Oradea, Târgu Mures y Timisoara). De esta forma, el tradicional juego político entre los partidos más inmovilistas –el Frente Democrático de Salvación Nacional (ahora PDSR), el Partido Democrático Agrario Rumano (PDAR) y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST)– y los más reformistas –el Partido Demócrata (PD) y la Convención Democrática (CD)– ha saltado en pedazos en Transilvania. La mayoría rumana apuesta decididamente por los partidos nacionalistas, Rumania Grande y el PUNR, y en menor medida, por la Convención Democrática, mientras que la minoría húngara, por el contrario, se decanta por la UDMR.

Esta tendencia se pudo también observar en las últimas elecciones generales y presidenciales de 1992. El Partido de Unidad Nacional Rumana (PUNR) consiguió el 8% de los votos y una nutrida representación en las instituciones (14 senadores y 30 diputados). El otro grupo nacionalista, Rumanía Grande (RM), consiguió 6 senadores y 16 diputados. Pero más significativa fue la alianza en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales entre los grupos neocomunistas, que apoyaban al presidente Ion Iliescu, y los ultranacionalistas del PUNR y RM. En efecto, el candidato de la oposición democrática, Emil Constantinescu (de la Convención Democrática (CD) y apoyado por el partido de los húngaros, la UDMR), resultó contundentemente derrotado en estas elecciones ante la conjunción de fuerzas nacional-comunistas que apoyaba a Iliescu. Los partidos nacionalistas justificaron su respaldo a esta candidatura por considerar que la CD y su candidato, Constantinescu, mantenían unas tesis favorables a las demandas de la minoría húngara.

El año 1993 terminó con la retirada de las dos fuerzas más representativas de las minorías étnicas rumanas del Consejo para las Minorías Nacionales, un ente meramente consultivo que asesora al Gobierno sobre la política a seguir con respecto a las comunidades minoritarias. La Federación de Comunidades Gitanas Rumanas (FERR) y la Unión Democrática de los Húngaros de Rumanía (UDMR) se retiraron de esta entidad en protesta por la oleada de actos antigitanos y ante la escasa capacidad de diálogo mostrada por el Ejecutivo rumano para resolver los problemas que afectan a las minorías nacionales. Buen ejemplo de esta incapacidad es el reciente pacto entre el gubernamental Partido Democrático Social de Rumania (PDSR) y los partidos ultranacionalistas –el PUNR y RM– que ha llevado al Ejecutivo húngaro a desdeñar un posible tratado con las actuales autoridades de Bucarest. No obstante, las negociaciones entre los dos estados continúan y tras la llegada al poder de los socialistas en Budapest, han mejorado notablemente.

Húngaros en suelo serbio

Insertados en el marco del difunto Imperio Austro-Húngaro, los húngaros de Voivodina siempre fueron una minoría muy numerosa en esta región, aunque mostrando una tendencia decreciente desde el final de la II Guerra Mundial. En la actualidad representan aproximadamente el 20% sobre una población de unos

dos millones de habitantes. La Constitución de 1974 definía a Voivodina como región autónoma, lo que suponía cierto menosprecio frente a Serbia, Croacia, Eslovenia, Macedonia, Montenegro y Bosnia-Herzegovina, que eran consideradas repúblicas. Sin embargo, dicho estatuto, junto con el de Kosovo, fue anulado por las autoridades serbias a finales de la década de los 80.

En esos años no se tienen noticias del movimiento nacional húngaro. Siguiendo los pasos de los nuevos partidos nacionalistas en Eslovenia y en Croacia, fue creado en 1989 el Movimiento Democrático de los Húngaros de Voivodina (VMDK), como un grupo pacífico y no violento que pretendía la autonomía administrativa de la pequeña "isla" que constituyen los húngaros de Voivodina, situada en la zona norte de Novi Sad.

En las últimas elecciones generales serbias este grupo obtuvo cinco escaños en el nuevo Parlamento (sobre 250). Dado el clima político que se vive en Serbia, los líderes del VMDK han solicitado a la población que evite la confrontación y la provocación de las fuerzas serbias, que copan los cuerpos de seguridad y el ejército. Sus propuestas han quedado resumidas en un Memorandum publicado en 1992, en el que se demandaba una mayor autonomía regional, local y el respeto a las obligaciones internacionales, de las que es signataria Yugoslavia (compuesta ahora por Serbia y Montenegro), con respecto al trato a las minorías nacionales.

Bibliografía

- Henry Bogdan, *Historia de los países del Este*, Argos Vergara, Madrid, 1987.
- Carmen González Enríquez, *Crisis y cambio en Europa del Este. La transición húngara a la democracia*, CIS, Madrid, 1993.
- Minority Rights Group Report, *Romania's Ethnic Hungarians*, MRG Editions, Londres, edición revisada de 1990.
- Helsinki Watch, *Struggling for Ethnic Identity*, HSW, New York, 1993.
- Stephen Iwan Griffiths, *Nationalism and Ethnic Conflict. Threats to European Security*, SIPRI, Estocolmo, 1993.
- Janusz Bugajski, *Nations in Turmoil. Conflict and Cooperation in Eastern Europe*, Westview Press, San Francisco, 1995.
- LADO, *Human Rights in Romania*, LADO, Bucarest, 1993.
- Vladimir Tismaneanu y Dorin Tudoran "The Bucarest Syndrome", *Journal of Democracy*, nº1, enero de 1993, pp. 41-53.